



El campamento de Axdír, donde se encontraban los prisioneros de Abd-el-Krim

bordo del *Antonio López*, parando mientes en el precio de la redención, dijo aquello de «¡Qué cara cuesta la carne de gallina!», creyó dejar zanjada la cuestión diciendo que consideraba deshonoroso tratar con Abd-el-Krim.

—¿Qué más?

—Don Santiago Alba, que siendo ministro de Estado llevó a cabo la liberación de los prisioneros, sustentaba la tesis de que debían ser rescatados, haciendo de ellos bandera de responsabilidades.

—Usted, padre, ¿no sustentaba también alguna tesis?

—Yo, naturalmente, tenía la mía. Esta: Rescate de prisioneros sin responsabilidades, reservándose aquéllas, única y exclusivamente, para los principales culpables del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla. El ex rey ya he dicho antes que era el principal interesado en que no se dilucidaran aquéllas. No se me hizo caso; se pretendió implantar dos dictaduras para salvar a los responsables de nuestro más grandes descalabro en África, y andando el tiempo, en justa y natural consecuencia, unidas la justicia de Dios y la de los hombres, en la fecha estupidamente gloriosa del catorce de Abril dieron en tierra con la Monarquía tradicional española.

LA DESESPERADA SITUACIÓN DE LOS PRISIONEROS.—EN BUSCA DE ABD-EL-KRIM

A medida que avanzó el día entra el curso de mi conversación con el padre Revilla en una fase distinta. El apuesto capitán que trocó el uniforme por la cogulla, y el cilicio por los placeres mundanales, continúa hablando. Oigámosle:

—Durante los primeros meses del cautiverio, las penalidades de los prisioneros internados en

Axdír, sometidos a la voluntad de los moros, que a más de casi no alimentarlos les empleaban en toda suerte de trabajos forzados y les hacían víctimas de toda clase de suplicios, fué el tema de todas las conversaciones, la obsesión de los españoles todos.

Las crueldades desplegadas por los moros en la gran jornada de agonía que va desde Annual hasta las puertas mismas de Melilla, y que tuvo su máxima culminación en la capitulación de Monte Arruit, la leyenda de Abd-el-Krim, a quien se pintaba como un monstruo capaz de todas las aberraciones y maldades, de tal modo mantenían en tensión el ánimo de los españoles, que olvidándose de los padres y hermanos, hijos y esposos que habían caído para siempre en la pelea, la nación entera no tenía alientos más que para pronunciar esta sola palabra: «¡Prisioneros!»

—¿Qué noticias se tenían de ellos?

—Cada vez más tristes y más desesperadas. Cada vez que se tenía conocimiento de la evasión de un cautivo, imaginándose las represalias que habían de tomar con los que quedaban, aumentaba la inquietud y la desesperación de las gentes.

Abd-el-Krim había establecido el campamento de prisioneros en el corazón de las cabijas de Beniurriaguel, las más bravas y sanguinarias de toda nuestra Zona de Protectorado, en el centro de un territorio que se conservaba virgen de toda influencia extranjera. Y en tanto el Gobierno y los adláteres del ex rey se cruzaban de brazos o disimulaban las malas artes de unas negociaciones sin eficacia, los infelices prisioneros, hacinados en estrechas pocilgas, amarrados con cadenas y grillos, sometidos a un trabajo rudo y agotador, apaleados bárbaramente y hasta asesinados por cual-



DOÑ SANTIAGO ALBA

quier motivo baladí, no disfrutando de otro alimento que un pedazo de torta de cebada, cadavéricos, enfermos, diezmados por la fiebre y la disentería, llenos de miseria, aguardaban con la consiguiente ansiedad la hora de regresar a España.

—¿Qué hacía en tanto el Gobierno?

—Ante las presiones y sugerencias respecto al rescate que de todas partes recibía, para disimular su torpeza o su servilismo al ex monarca, que deseaba la muerte de todos los cautivos (ya que, como he consignado antes, constituían el cuerpo del delito de la gran tragedia que acababa de desarrollarse en el territorio de Melilla), formulaba declaraciones absurdas y contradictorias.

—¿Usted seguía con interés el desarrollo de las negociaciones?

—Dándome cuenta de que por aquel camino no se iba a ninguna parte, para desenmascarar a los traidores, para averiguar cuanto pudiera haber de cierto en las negociaciones entabladas, me decidí a visitar al propio Abd-el-Krim en su residencia de Alhucemas. El me daría la clave del enigma; el, en todo caso, me fijaría, si es que no estaban establecidas ya, las condiciones del rescate.

—¿No le intimidaron los riesgos de la aventura?

—El hecho de que aquel atrevimiento mío pudiera costarme la vida, no me hizo retroceder. Después de haber pasado toda una noche en oración, una mañana desaparecí de Melilla, decidido a poner en práctica mi plan.

—¿No le acongojaba ninguna inquietud?

—Varios pensamientos atormentaban mi imaginación. ¿Saldría triunfante en mi empresa? ¿Me matarían los rifeños antes de llegar a Alhucemas? ¿Me internarían con los prisioneros?... Y como cualquiera de las tres soluciones convenía al servicio de Dios y de la Patria, sin detenerme en nuevas vacilaciones eché a andar camino adelante, entregándome una vez más en brazos del Destino.

JOSÉ RICO DE ESTASEN



Grupo de oficiales y soldados españoles prisioneros de Abd-el-Krim, en el campamento de Axdír